

El origen de Juancristo.

Juan estaba sentado en su cama individual, en su habitación, casi a oscuras ya, pues anocheecía y no había encendido la luz, ni iba a hacerlo. Estaba completamente desnudo, como le gustaba estar.

Pensó un instante en releer una vez más uno de sus comics favoritos para pasar el tiempo que le restaba, pero sabía que no podría hacerlo, el momento era demasiado excitante para matarlo con una actividad habitual, así que, sin tomar ninguna decisión, aguardó dejando vagar sus pensamientos que, como pocas veces, y de manera especial, eran agradables, si bien no exentos de duda y temor.

Había perdido dos años consecutivos su oportunidad por la lluvia, y esto le dejaba la duda dolorosa de si habría sido capaz de hacerlo entonces o se habría echado atrás. Pero hoy el cielo estaba despejado, todos los puntos bien examinados, pues en tres años se puede pensar mucho, y supo que llevaría sus planes hasta el final, al tiempo que sentía que el haber tenido que esperar había sido una gran suerte.

Estaba cenado ya, tenía pensado y preparado qué ropa ponerse, acababa de mear, y había calculado cuidadosamente la hora en que tenía que salir para evitar largas esperas, pues siempre se sintió mal en la calle.

Su excitación aumentaba desproporcionadamente y tuvo que ponerse en marcha unos considerables minutos antes de lo previsto. No podía esperar más, así que comenzó a vestirse sin prisa mientras brotaba el disfrute de la jugada de su vida.

Justo al salir de su habitación sonó una voz de vieja desagradable, despectiva, grosera: “¡¿A dónde vas ahora, si puede saberse?!” Él respondió groseramente a su vez: “¡A donde a ti no te importa!” Y cuando traspasaba ya la puerta de la calle sonó: “¡A ver a qué hora vuelves!” Respondiendo él: “¡A la que me dé la gana, hijaputa!”, cerrando la puerta tras de sí.

Juan no tuvo que pensar en absoluto estas frases, pues la escena se repetía una y otra vez día tras día desde hartos días atrás. Y lo curioso es que en esta ocasión no le importó representarla.

Mientras bajaba las escaleras del único piso que le separaba del portal, comenzó a reír de un modo característico, si bien muy poco usual. La representación más acertada de esta risa sería la del dibujo animado de un perro lanudo que ríe traviesa y secretamente.

Juan había experimentado muchas veces, por años, esta risa, pero ahora era más sana, si es que una risa solitaria puede ser sana. El caso es que era más eufórica y limpia que nunca.

Salió a la calle y comenzó a recorrer los escasos dos kilómetros que le separaban de su estudiado destino. Caminaba a buen paso, con determinación y firmeza, y se iba dando cuenta de que ahora no le importaba, como siempre fue, que las personas en la calle notaran su presencia y, sobre todo, notaran su despreciabilidad.

Tal estaba llegando a ser su euforia y comodidad que comenzó por momentos a reír a carcajadas, pero rápidamente se dio cuenta del peligro de la situación, y por nada del mundo quería complicaciones que pudieran estropear su plan, así que volvió a reír secretamente, en lo posible.

Al cruzar una placita, unos adolescentes bebidos y fumados le gritaron: “¡Juanolo, tonto 'el bolo!”, y siguieron su camino entre risas burlonas. Pero ya digo que estas cosas no le importaban ahora a Juan.

Juan siguió caminando y riendo, y sus pensamientos eran inconexos además de caóticos. Versaban sobre sus experiencias en la vida, casi siempre desagradables, dolorosas, pero con algunos momentos en los que había percibido lo extraordinariamente bello de la existencia. Sólo por estos momentos continuaba vivo, y éste era uno de ellos.

Empezó a oír los tambores. Estaban a cuatro manzanas, sólo que se había adelantado, tendría que esperar. Anduvo aún un par de manzanas más y se sentó en un bordillo discreto. Allí se dispuso a pasar un rato distraído hasta la hora h. Su estado de ánimo era muy alto, y comenzó a pensar en unas y otras cosas.

Un pensamiento claro apareció. Era más bien un sentimiento, profundo siempre, que ahora afloraba: Se alegraba enormemente de no haber tomado nunca la medicación salvo cuando se la administraron a la fuerza.

Este pensamiento-sentimiento produjo una relajación exquisita en Juan. Y aquí hay que hacer una aclaración: Juan no sólo leía comics repetidos una y otra vez, sino que, por algún tiempo, leyó la Biblia, también repetidas veces, y otros textos religiosos y esotéricos, incluso a Carlos Castaneda, pero se había aburrido ya, pues no sabía qué carajo se suponía que había que hacer con aquello. Había recibido una y otra vez la recomendación, apremio, incluso exigencia de parar el pensamiento, y lo había probado una y otra vez con toda su intención, pero una y cada vez se había sentido estúpido haciendo tal esfuerzo.

Sin embargo, ahora, cuando se disponía a realizar un acto cuyas consecuencias no se le había ocurrido considerar en absoluto, ni en tres años ni en este momento, su pensamiento comenzó a perder impulso, su mente iba ralentizándose y se fue haciendo evidente que los pensamientos no eran pertinentes en esa situación y, aunque intentó reavivarlos un poco, no le encontró sentido, y dejó que su mente se vaciara.

En pocos segundos la percepción que Juan tenía de sí mismo creció hasta sentirse el universo entero, y experimentó la insignificancia de todo. No había palabras en su mente, sino “visiones”, sensaciones, corrientes de consideraciones inconscientes que ahora salían a la luz y, de pronto, como un dibujo abstracto que cobra sentido, tuvo en su mente “la explicación del mundo”.

Naturalmente, al sentir la grandeza de su descubrimiento, Juan intentó ponerlo en palabras, pero tal distracción hizo esfumarse la “visión” y, en vez de volver a ella, el pensamiento lo precipitó en su preocupación por que se le hubiera pasado la oportunidad un año más, pues sentía que había estado en trance por una eternidad. Pero no. Comprobó asombrado en su reloj que sólo habían pasado dos minutos desde que se sentó allí, y los tambores seguían sonando. Le quedaba bastante tiempo aún, así que se tranquilizó.

Por supuesto, Juan consideró el hecho de que aquella experiencia podría abrir nuevas y grandiosas perspectivas, pero esto sólo fue un chispazo. Las posibilidades eran tan remotas, distantes y tenues, que el solo hecho de pensar que pudiera haber una explicación del mundo se antojaba ridículo.

Por el contrario, Juan comenzó una exhaustiva reconstrucción y reconsideración de su plan. Y esta actividad fue muy fructífera, pues sintió que todo estaba bien, que tenía pleno sentido, y le invadió una frialdad sobrecogedora.

Llegó el momento. Juan se puso en marcha. Se situó en el punto planeado. Los tambores sonaban fuerte, extasiantes, como recargando el espíritu. Todo sucedería muy despacio. Estaban pasando los tambores, luego seguiría el paso, a continuación la cohorte con velas y demás y, lo que esperaba Juan, los penitentes.

Juan comprobó que todo estaba listo. Como no podía llamar la atención rompiendo la barrera del público, aquella misma tarde

había dejado un huequito entre los cubos de basura del lugar escogido, que nadie ocuparía, y por el que accedería a la procesión sin producir ni distracción. Y el huequito estaba allí, libre y practicable.

Llegaron los penitentes. Ahora tenía que elegir uno que marchara de pie y con la cara descubierta, uno que le gustase. Habría alguno, seguro, sólo era cuestión de esperar, eran muchos y avanzaban lentamente.

Juan estiraba el cuello y daba pasos adelante y atrás para atisbar los penitentes que se acercaban, y vio uno. Lo siguió con la mirada hasta que se acercó lo suficiente para saber que era el de su elección. Se presentaba perfecto. Con capucha cónica negra en la cabeza, dejaba su rostro sin cubrir, y se flagelaba constantemente y con fuerza la espalda.

Aguardó aún unos minutos más a que su penitente anónimo hubiera rebasado los cubos de basura y, entonces, con la frialdad más absoluta, avanzó, pasó por el hueco accediendo a la procesión un par de metros siguiendo a su penitente, que sangraba profusamente por la espalda, y se emparejó con él unos centímetros atrás de su hombro izquierdo, sigiloso, sin mostrar ni sugerir alarma, sino toda la tranquilidad del mundo, y esperó un segundo.

El penitente notó la presencia de Juan y se volvió a mirarle interrogante, sin dejar de flagelarse y sin obtener respuesta ni comprensión. Pero tampoco se inquietó en modo alguno, de manera que comenzó a girar su cabeza al frente confiando en una pronta y sencilla aclaración de lo que pasaba, si es que pasaba algo.

Éste era el momento de Juan. No vaciló un instante. En voz no alta, pero firme, con una claridad, convicción y seguridad tales que sintió sus palabras como dichas por alguien más, se inclinó ligeramente hacia el oído de su penitente y dijo, casualmente: “Mira, que si no existe Dios.”

El penitente, sin terminar de mirar al frente, inició el giro de su cabeza hacia Juan y, en este sencillo y espontáneo movimiento que apenas duró un segundo, su rostro expresó, primero, desconcierto, después, incredulidad, más adelante, pánico, a continuación, odio y, por último, el horror más espantoso, puro y visceral que jamás se haya sentido, que lo destruyó como persona.

En ese preciso instante, Juan, que estaba leyendo paso a paso los sentimientos del rostro de su penitente, estalló en la carcajada más fuerte que se haya oído nunca en el universo. Todo su ser rio estruendosamente, en sonido y expresión corporal, pues se sintió resarcido de todo el desprecio, violencia, burla y miseria que había sido su vida.

Ésta es la razón por la que ahora hay dos cruces en cada iglesia, las misas empiezan diciendo: “Alabados sean nuestros señores Jesucristo y Juancristo que, emanados de la trinidad de Dios, vinieron al mundo para...”, y las procesiones se celebran sólo cuando el ayuntamiento ha retirado los cubos de basura del recorrido y con vallas protectoras de modo que el público no pueda acceder, mientras los penitentes se flagelan el doble.

FIN.

Nota del Autor: Me gustaría decir que la Iglesia actual no debería poner a Juancristo a la misma altura que Jesucristo pues, si bien ambos recibieron el mismo tratamiento, el linchamiento con ensañamiento, mientras Jesucristo intentó cambiar el mundo, Juancristo sólo hizo una gamberrada.

Jesús Estrada, en febrero de 2012. www.nuevaera.info